

CIEN AÑOS DE EXISTENCIA DE LA ACADEMIA PERUANA DE LA LENGUA

(Sesión Pública del 31 de Agosto de 1987)

DISCURSO DE ORDEN, POR DON AUGUSTO TAMAYO VARGAS

Ayer, 30 de agosto de 1987, se cumplieron cien años de la existencia de la Academia Peruana de la Lengua. *Academia, Peruana y Lengua*, serían tres términos por estudiar básicamente al recordar ese nacimiento y su bautizo. Academia es la casa con jardín, cerca de Atenas, junto al gimnasio de Academo, "donde enseñaron Platón y otros filósofos", reza el diccionario, ese libro tan controvertido y para el que pedía su exterminio el escritor argentino Ernesto Sábato. Y de allí, de aquella casa donde se filosofaba al lado de la naturaleza, salió la idea de las sociedades científicas, literarias, artísticas, que han sido siempre aspiración de los pueblos organizados o de los gobiernos de esos pueblos. Pero la Academia, aún dentro de esa acepción general, ha tenido diversas metas y su papel ha variado desde la simple reunión de escritores o eruditos hasta la institución encargada de estudiar algún aspecto del conocimiento; y particularmente se ha acentuado la investigación del lenguaje y el trato de éste en diversos planos del uso de la historia de las palabras en un idioma determinado, para encontrar formas adecuadas al proceso cultural de cada país o región de la cultura.

Las tendencias antiacadémicas -que tanto aparecieron a comienzos de siglo- son índice de cierto anarquismo decadente. Precisamente la Academia, en una sociedad moderna, trata científica y amorosamente el tema del lenguaje y permite otear

los vastos horizontes del habla popular, donde se ventilan o airean las voces y donde surgen nuevos y nuevos vocablos que van agazapándose detrás de los antiguos o conocidos, para, luego, adquirir formas definitivas que conjuguen con el armónico sentido general de cada idioma, con su fluencia interna, con su ritmo externo. La creación de palabras en el uso popular o en las páginas de los escritores no perturba, sino por el contrario alimenta la obra de las academias con el jugo vivífico del propio devenir de los pueblos y su cultura. Y en ellas se aprende a querer a las palabras en sí mismas y a encontrar los caminos por donde llegaron y a dónde van, en un constante renovarse, como ya lo veía Horacio, comparable este proceso a las plantas donde las hojas nuevas van reemplazando a las antiguas, quedando éstas dentro de ellas, nutridas por la savia y sobre la misma tierra.

Si la Academia, en el caso de nuestra Corporación que ahora cumple su primer centenario, es de la lengua española y por lo tanto común a los otros pueblos de la misma habla, se titula "Peruana" porque aprecia ese tratamiento del lenguaje desde nuestra propia perspectiva, desde los aportes sui géneris de la cultura peruana al idioma castellano o español, sin descuidar las bases que nos dan comunidad y fortaleza en la unidad; y que hacen de nuestro proceso idiomático una fuente más en el turbión que se forma constantemente para alimentar el río del lenguaje, entre los pueblos hispanoamericanos. Peruana, es decir parte de ese común elemento culturizador, que es la lengua castellana o española a la que contribuimos con el pigmento de nuestra sociedad mestiza, con las voces que devienen del quechua, del aimara o del mochica y en expresiones que nacen de la cultura nacional y que dan vigor y nuevas aperturas al lenguaje, que se forma de onomatopeya, convencionalismo y fantasía.

El centenario de la Academia Peruana de la Lengua viene a poner, pues, sobre el tapete ese papel que cumple aquélla en una sociedad actual, donde al reconocimiento a la inserción de nuevos y nuevos vocablos y a la lógica transformación del lenguaje, se une el espíritu de orientar esa transformación al recoger su pulso en los diversos pueblos de habla castellana y de encauzar

el uso del idioma dentro de la unidad que debe mantenerse para la conservación de esa gran extensión cultural que representamos en el mundo. Ya he repetido que la Academia Peruana de la Lengua ha tenido el privilegio de que esa posición actual nazca de quien fue su reorganizador y su patrono: Ricardo Palma, inspirado renovador de vocablos, caliente recreador del giro popular, entroncando en las viejas raíces del castellano las voces peruanas que pugnaban -y pugnan- por encontrar su cauce y su validez universal. Fue Palma el que señaló uno de los caminos de introducción de americanismos en la lengua castellana; y el que supo animar su obra no con rigidez "academista" -pero sí amor por la Academia- con alerta vena popular, con franca utilización del giro nuevo y al mismo tiempo de aplicación de normas que dicta el uso del lenguaje. En carta a Manuel Tamayo Baus, Secretario de la Real Academia, en 1878, Palma le dice que en América hay muchos como él que tratan de conservar la pureza de la lengua en lo que ésta tiene de vía de permanente relación entre pueblos que han nacido de un mismo signo cultural y que allí es donde la "conservación" del espíritu del idioma es indispensable para mantener la comunidad de nuestros pueblos que se entienden precisamente por ese idioma generalizador; y que nos toca, al mismo tiempo, coordinar los hálitos de renovación que soplan en las diversas regiones del castellano para mantener el denominador común de nuestro entendimiento sin entorpecer la acción renovadora del lenguaje.

La Academia Peruana de la Lengua ha contado con los más dispares escritores nuestros. Y los Cisneros, los Paz Soldán, han sido generosos creadores, tanto como han sido revolucionarios del idioma y la literatura los Eguren, los Martín Adán, Los Ciro Alegría, los Vargas Llosa. Y si la Academia Española tuvo a los Villena, los Carbajal y Vargas, representativos de nuestra cultura tradicional; al mismo tiempo la Peruana mantuvo su relación con aquélla y depositó -como las otras hispanoamericanas- su confianza en la posición escrutadora y renovadora del lenguaje que mantuvo, en largos años de Dirección, Dámaso Alonso.

Debemos precisar, antes de encontrarnos con la fundación

de 1887, que, con el término "academia" se ha conocido en nuestro país desde aquella difusa reunión de escritores, mayormente poetas, de fines del siglo XVII, que titularon "Antártica" y que presidía Antonio Falcón, al decir de la Anónima del "Discurso en Loor de la Poesía", hasta la de científicos y observadores de la realidad de entonces definida como "peruana", que fuera la Sociedad Amantes del País, de fines del XVIII, y cuyo gonfalone-ro sería Hipólito Unanue. La Universidad de San Marcos tiene mucho que ver con ambas. Otras, intermedias, serían producto palaciego de virreyes cultos, ávidos de literatura como Montecarlos o Esquilache o de funcionarios eficientes como Castell Dos Rius, en cuyo tiempo se organizó una Academia como institución oficial, y a la que dieron prestigio eruditos sanmarquinos como Peralta y Barnuevo o Pedro Bermúdez y altos burócratas virreinales como Luis de Oviedo, Conde de la Granja.

La Enciclopedia Francesa trajo nuevos horizontes y dentro de la persecución de los conocimientos y de la evolución del hombre, se forjó la necesidad de "fijar" el lenguaje y así la Real Academia Española comenzó a trabajar con esa nueva orientación marcadamente lingüística. Ilustres "peruanos" formaron parte de aquella Academia: el piurano Diego de Villegas y Quevedo, introductor de americanismos; el limeño Mariano de Carbajal Vargas y su hijo José Miguel Vargas y Manrique de Lara, quien dirigió la Academia Española entre 1814 y 1828; y también Joaquín de Lama y Castañeda, nacido en Huaura. Escritores nuestros fueron, a la vez, reconocidos como "académicos correspondientes", siendo el primero de ellos Felipe Pardo y Aliaga; y siguiendo a éste, Manuel Ignacio de Vivanco, el ilustrado caudillo de los primeros años de la República, pero también el erudito Manuel de Mendiburu y el político Manuel Pardo; y el Rector universitario sanmarquino Juan Antonio Ribeyro y los Monseñores Pedro José Tordoya y José Antonio Roca y Boloña.

Ricardo Palma tomó la bandera de las academias hispanoamericanas correspondientes a la española, y reunió a los que tenían tal consideración, más otros propuestos en aquella época, el 5 de mayo de 1887. -Ya había existido una fracasada Aca-

demia Nacional de la República del Perú, en 1867, bajo la sucesiva presidencia de José María Químper y de Francisco García Calderón. Félix Cipriano Coronel Zegarra fue elegido en reemplazo de Ribeyro, quien había fallecido; y, aprobado el reglamento correspondiente, se instaló solemnemente la Academia Peruana de la Lengua, correspondiente a la Española, en el Salón General de la Universidad de San Marcos, el 30 de Agosto de ese mismo año de 1887 con la presencia del Presidente de la República, el entonces General Andrés Avelino Cáceres y de autoridades y figuras de la intelectualidad peruana. En el austero y clásico Salón, donde se han librado tantas jornadas culturales y políticas, nació la Academia que ha llegado a sus cien años dentro de alternativas varias, habiéndose consolidado definitivamente en 1934.

La vida académica de los primeros años se cumplió a través de la obra de sus "fundadores". Los trabajos de Coronel Zegarra, de García Calderón Landa, de Gutiérrez de Quintanilla, de Lavalle y Arias de Saavedra, se unen a los poemas de Cisneros y de Rossel y muy particularmente a los trabajos en prosa y poesía de Juan de Arona, y a su *Diccionario de Peruanismos*, que constituyen principalísima fuente de la investigación del habla en el Perú. Fue el propio Ricardo Palma quien, en 1892, llevó a España numerosos peruanismos por los que dio batalla, en medio del espíritu aún conservador de la Real Academia de la Lengua Española que presidía un limeño de nacimiento, Don Juan de la Pezuela, Conde de Cheste. Y su acción combatiente y radical planteó, por primera vez, la necesidad de una Academia Peruana, independiente, que no se sujetara a las consideraciones de la central madrileña. Claro que ello significaba la ruptura de la unidad del idioma castellano o español que, precisamente, es una de las funciones primordiales, hoy día, de las Academias hispanoamericanas, como expresión cultural de un fuerte sector de la población mundial. Quebrados momentáneamente los lazos, nuestra Academia languideció hasta su reaparición en 1917, en el mismo salón sanmarquino que había cobijado su nacimiento. Y una vez más Ricardo Palma -a los 85 años- habló con eterna juventud so-

bre el lenguaje, sobre la cultura peruana y sobre su proyección hacia los otros países de habla española, así como sobre la necesidad de mantener, dentro de una constante transformación, determinados signos tradicionales que conserven unidos los pueblos de esta rica vertiente idiomática. En tanto, Javier Prado pronunció su conocido ensayo sobre *El genio de la lengua y de la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú*. Habían muerto la mayor parte de los académicos fundadores y aparecían en el escenario de esta nueva etapa: los Miro Quesada, los Gálvez, los Belaúnde, los Riva Agüero, los de la Jara y Ureta, y una nueva generación de Lavalles, García Calderón, Cisneros. Un hijo y nieto de académicos y a la sazón Presidente de la República, don José Pardo, presidió este acto -que podemos llamar de confirmación- y pronunció históricas palabras en relación con la vida académica en el Perú. Enrique Castro Oyanguren llega a publicar, como Secretario Perpetuo, un primer *Boletín de la Academia Peruana*, en 1918. Todavía se consideraba a ésta como Correspondiente de la Real Academia.

La muerte llegó para el patriarca de las letras peruanas en 1919; y en 1921 la del elegido para sucederle en la Dirección de la Academia, Javier Prado. Y por unos años volvió a sumirse en la sombra la Academia Peruana de la Lengua. Es en 1934 cuando renace definitivamente dentro de un período de logros culturales del Perú. José de la Riva Agüero tomará la Dirección y formarán parte de la Academia: Manuel Vicente Villarán y Clemente Palma, Honorio Delgado y Jorge Basadre, Raúl Porras Barrenechea y José María Eguren, Enrique López Albújar y Mariano Iberico, Guillermo Hoyos Osoreo y José Jiménez Borja, Enrique Carrillo y el Padre Vargas Ugarte. Riva Agüero representa la conjugación de lo español y lo autóctono, con sus discursos sobre Lope de Vega y sobre el Inca Garcilaso de la Vega. También Riva Agüero se ocupará de otros poetas coloniales dentro de sus llamados "Discursos Académicos"; de Amarilis, de Ojeda, entre otros. Podríamos destacar en aquella época de la vida de la Academia Peruana de la Lengua, los trabajos de Felipe Barreda Laos sobre "La argentinidad en la literatura hispanoamericana"; de

Enrique Carrillo, cuyas finas crónicas corrieron bajo el seudónimo de "Cabotín", el "Elogio de Monseñor José Antonio Roca y Boloña"; de Guillermo Hoyos Osoreo sobre "Monseñor Manuel Tovar Chamorro"; de José Jiménez Borja un selecto "Elogio de San Juan de la Cruz"; de Raúl Porras Barrenechea sobre "Francisco Pizarro"; del padre Vargas Ugarte, "La alocución sagrada en el Perú en los siglos XVII y XVIII".

Tomó la Dirección, en 1944, Víctor Andrés Belaúnde. Y se fijó en 24 el número de académicos. Entre los nuevos figuraron Aurelio Miro Quesada, Bustamante y Rivero, Alayza Paz Soldán, Losada y Puga, Martín Adán, Ciro Alegría, Alberto Ulloa, Héctor Velarde, Wagner de Reyna, Benvenuto Murrieta, Tama-yo Vargas, Estuardo Núñez, Luis Jaime Cisneros. Veinte años de formación de la vida académica con el reconocimiento de la independencia de la Academia Peruana de la Lengua y su filiación a la Asociación de Academias de la Lengua Española. Durante esos años de la dirección de Belaúnde se intensifican los trabajos de presentación ante la Academia. Habría que iniciar esta cita con el discurso de Aurelio Miró Quesada, en 1948, sobre "El Perú en la obra de Tirso de Molina"; y continuar con los de José Luis Bustamante y Rivero, quien presenta un valioso trabajo en dos partes: la primera sobre "Consideraciones de orden lingüístico", y la segunda una "Semblanza de Francisco García Calderón"; de Cristóbal Losada y Puga acerca de "La enseñanza superior. Algunas reflexiones sobre ciertos problemas universitarios"; de Luis Alayza y Paz Soldán en torno de "Luis Fernán, periodista y político". Vendrían, después, en la década del 60 discursos como los de "Persistencia del mar y de la costa en Abraham Valdelomar", de mi autoría; de Estuardo Núñez, "La imagen del mundo en la literatura peruana"; de Luis Jaime Cisneros sobre "Lengua y mundo de don José Gálvez"; de Pedro Benvenuto Murrieta acerca de "Los problemas lingüísticos peruanos y nuestra Academia"; de Alberto Wagner de Reyna con un discurso sobre "La historia como evocación".

Al fallecimiento de Víctor Andrés Belaúnde vino la elección de Aurelio Miró Quesada como Director de la Academia y

otro soplo vital pasó por la existencia de la Corporación: nuevos Estatutos, edición del Boletín Anual, publicación de textos (*Juan de Arona, Mariano Melgar*). Fueron doce años de intensa actividad con nuevas metas: limpiar, orientar y buscar la unidad del lenguaje. La investigación de peruanismos se ha acentuado desde entonces y estamos en vísperas de poder publicar un "diccionario" de ellos; así como se publicará una versión comentada de las *Papeletas Lexicográficas* de Ricardo Palma. Al lado de Cervantes, cuya muerte se conmemora cada 23 de abril, en la misma fecha se conmemora ahora la del mestizo por excelencia: el Inca Garcilaso de la Vega, cuyo aporte lingüístico es notable. La Academia tomó ya su nuevo rumbo decididamente. Y Aurelio Miró Quesada ha merecido ser elegido Director Honorario de ella en reconocimiento a su notable labor en la Dirección y al cumplir 80 años de fecunda existencia.

Durante la intensa gestión de Aurelio Miró Quesada se produjeron las incorporaciones de Alberto Escobar con el tema "Tipología, variedades y zonificación del Español del Perú: propuestas para un debate"; de Guillermo Lohmann Villena sobre "La poesía satírico-política durante el Virreynato"; de Martha Hildebrandt acerca de "Modismos y refranes en el habla de Bolívar"; de Francisco Miró Quesada, con el sugestivo tema "De la Insula Barataria a la gramática generativa"; de Fernando Romero sobre "El habla costeña y los lenguajes afro-negros"; de Javier Sologuren acerca de la poesía de Emilio Adolfo Westphalen; de José Tola Pasquel, que da un nuevo giro a los discursos con el trabajo "La matemática: lenguaje, estética y significación"; y de Mario Vargas Llosa, quien se ocupó de "José María Arguedas entre sapos y halcones", con una multitudinaria audiencia en los salones del Instituto Nacional de Cultura.

Alentados por ese impulso, los miembros de la Directiva que presidía Jose Jiménez Borja, organizamos el VIII Congreso de Academias de la Lengua Española, que se cumplió mayormente en el local bolivariano de la Magdalena, actual Museo Nacional de Historia, entre el 20 y 27 de abril de 1980. El número de académicos peruanos ascendió a treinta. Con presencia de

delegaciones de todos los países hispanoamericanos, de España y Filipinas, se llevaron a cabo exitosas jornadas de las que da cuenta una voluminosa memoria, publicada tres meses después de la realización de tan singular evento. Las sesiones de trabajo del Congreso de Academias de Lima se realizaron bajo seis rubros diferentes: "Régimen académico", "Unidad y defensa del idioma español"; "Temas gramaticales", "Temas lexicológicos y semánticos", "Investigación, enseñanza y difusión del idioma" y "Temas literarios". Aparte tuvieron significación los actos de instalación y clausura y el del Día del Idioma con la participación de los Académicos José Jiménez Borja, Aurelio Miró Quesada, Estuardo Núñez, Luis Hernán Ramírez y el que habla; y de los académicos extranjeros Dámaso Alonso y Antonio Tovar, de la Real Academia Española de la Lengua; José Rumazo González, del Ecuador; Roque Esteban Scarpa, de Chile; José Antonio León Rey, de Colombia y Secretario General de la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua; así como Arturo Agüero, de la Academia costarricense y Alonso Zamora Vicente, Secretario Perpetuo de la Academia Española, quien hizo una exposición sobre los nuevos conceptos académicos en España y América y pidió colaboración para las futuras ediciones del "Diccionario de la Lengua" y para la "Gramática normativa"

Don José Jiménez Borja diría, en alguna de aquellas ocasiones, palabras como éstas: "Lima, que desde 1535 rasga su aire con la resonancia gallarda y fina del castellano, que apenas fundada estableció conventos y universidad, organizó concilios y dejó correr por sus calles romances y décimas populares, que tuvo virreyes, poetas y Presidente de elocuencia castiza, se ufana de la grandeza intelectual que en estos momentos la decora: eminentes escritores, señores del pensamiento y del verbo, narradores, críticos, líridas, lingüistas, forman en torno nuestro un círculo refulgente". Y añadió: "Nos traen un mensaje común: el de la gloria, unidad y eficacia de un sistema de voces que acaba de cumplir su milenio, que es hoy el tercero del mundo en cuanto a números de hablantes y que se proyecta al porvenir con un hori-

zonte de luminosas culminaciones"... "Tenemos que trabajar por la unidad básica de nuestra lengua en el mundo", relevó -por su parte- Dámaso Alonso en la sesión del Instituto Nacional de Cultura. "El destino de nuestra lengua es el de ser vínculo de hermandad, de paz y de cultura entre los cientos y cientos de millones de seres que, en proporción siempre creciente, la han de hablar en el siglo XXI y en los siglos y siglos de un larguísimo porvenir". Lima fue, así, el corolario de los Congresos de México, Madrid, Buenos Aires, Bogotá, Quito, Caracas, Santiago de Chile.

Durante la gestión de Jiménez Borja como Director, se incorporaron Alberto Tauro con un discurso titulado "Concepto del Perú"; Luis Alberto Sánchez con el trabajo "Reflexiones sobre indianismo e indigenismo en la Literatura Peruana"; Luis Hernán Ramírez con un "Elogio de don Andrés Bello", cuyo Bicentenario fue también celebrado por nuestra Academia con intervenciones especiales de José Jiménez Borja, de Aurelio Miró Quesada y de Estuardo Núñez. La Academia, asimismo, recordó a Calderón de la Barca en su III Centenario y con esa ocasión disertó Aurelio Miró Quesada sobre "La aurora en Copacabana", obra de Calderón.

Merece destacarse aquí la publicación que se ha hecho a la muerte de José Jiménez Borja, de su *Obra Selecta*, tarea en la que la Academia ha puesto el mayor esfuerzo de realización por tratarse de una labor amplia, de valores literarios, históricos y lingüísticos; de interés público por un lado; de reconocimiento, por otro, a la tarea humanista y magisterial de Jiménez Borja, Director de la Academia entre 1979 y 1982. Realizó prólogo y selección, que fue más bien recolección amplísima de textos: Alberto Tauro.

En 1982 tuve el honor de ser elegido Director y he visto desde enero de ese año incorporarse a nuevos miembros con otros tantos originales trabajos: el poeta Carlos Germán Belli se refirió a "La poesía de Jose María Eguren"; Antonio Cornejo Polar presentó el estudio "La literatura peruana: totalidad contradictoria"; José Agustín de la Puente Candamo trató el tema "Refle-

xiones sobre la enseñanza de la Historia del Perú"; Enrique Carrión se refirió a "Compilaciones de peruanismos anteriores a Juan de Arona"; Manuel Pantigoso lo hizo sobre "La Educación por el Arte"; Miguel Angel Ugarte presentó el trabajo "El gesto y la expresión corporal en la Lengua y la literatura española"; Andrés Aramburú se refirió a "El periodismo como literatura y como magisterio"; José Luis Rivarola hizo una brillante exposición acerca de "Lengua, comunicación e historia del Perú"; Manuel Solari Swayne sobre "El lenguaje de las formas", con un paseo literario por tierras de Europa y de América. Ya estábamos instalados en esta bella Casa de Osambela, que lleva el nombre simbólico de Centro Cultural "Inca Garcilaso de la Vega".

Ricardo Palma ha merecido, por otra parte y permanentemente, en el seno de la Academia, ser considerado el forjador y el mantenedor de su espíritu particular: renovador de la lengua y de la literatura. El número 18 de nuestro Boletín de 1983 está íntegramente dedicado a él como una consecuencia de la celebración de un ciclo de homenajes con ocasión de los 150 años de su nacimiento. Pero también han recibido en los últimos años el homenaje de nuestro reconocimiento a la tarea de guías culturales en nuestro país: Riva Agüero, V.A. Belaúnde, Oscar Miró Quesada; así como José Gálvez y Martín Adán, señeras figuras de la literatura peruana. En tanto, la Comisión Lexicográfica no ha cesado en su trabajo de apreciar las formas particulares del habla castellana en el Perú.

Así llegamos al Centenario de la Institución y reafirmamos hoy nuestro sentido de observadores y renovadores, amorosos preocupantes de la lengua. Que nos acompañen los manes académicos para no desmayar en la tarea. Y que el "Encuentro" de octubre de este año, alcance -dentro de sus limitaciones- la prestancia y la seriedad científica que alcanzara el Congreso de Academias de Lima, en 1980. Esperamos contar con un apoyo decisivo de las instituciones públicas para los nobilísimos logros de la Academia Peruana de la Lengua. Así será, por ejemplo, la publicación por el Ministerio de Educación de una antología de trabajos de los Directores de la Academia; y el auspicio para la

presencia de los invitados al Encuentro de octubre sobre "El lenguaje en Hispanoamérica y los medios de comunicación". Pero también debe haber -como en la mayoría de los pueblos de habla castellana- un aporte substancial para la publicación constante de boletines de trabajo, así como para mantener airoso la existencia ahora precaria de la Academia Peruana de la Lengua, que debe ser protegida por el Estado conforme a tratados internacionales de la materia. Agradecemos la presencia de todos ustedes que nos han rodeado en este día de conmemoración tan importante en la vida cultural del Perú, con una lengua que tiene las raíces nutricias del Inca Garcilaso de la Vega y de Ricardo Palma, pero también las de Valdelomar y Mariátegui; de Arguedas y Ciro Alegría; de César Vallejo y Martín Adán, hitos nuevos en el camino de nuestra afirmación nacional.